



THE ORLANDO BOOKS  
COLECCIÓN CATHERINE

Cada historia late con pasión y drama, como la vida de Catherine Earnshaw de *Cumbres Borrascosas*, cuyo amor trasciende el tiempo y el espacio. Deseos, obsesiones y relaciones intensas desafían lo convencional. En estas páginas, encontrarás amores tan frágiles y devastadores que pueden quebrarte con la facilidad de un cristal al impacto.



PAPEL ECO-FRIENDLY



THE ORLANDO BOOKS

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS

# DOLCE INFERNO

MAR PETRYK



MAR PETRYK

# DOLCE INFERNO

COLECCIÓN CATHERINE



FIRMÓ UN PACTO  
CON EL DIABLO,  
AHORA ES EL HEREDERO  
DE UN IMPERIO DE  
SANGRE Y PERVERSIÓN.  
¿HAY LUGAR PARA EL AMOR  
EN EL INFIERNO?

www.theorlandobooks.com



THEORLANDOBOOKS



**THE ORLANDO BOOKS**

**Dirección general y editorial:** Marcela Citterio

**Edición:** Paula Rodríguez

**Corrección:** Mimi Romanz Giordano

**Al Art de cubierta:** L. A. Zabara

**Foto de contratapa:** Melina Fiorella Ercoli

**Especialista en diseño y producción de libros:** Valeria Miguel Villar

**Gerente de Alianzas editoriales y supervisión de contenidos:** Marcela Aguilar

**Jefa de producción:** Ángela Ardía

**Producción Artística:** Chiara F. Citterio

**CFO:** Rolando Falcone

y

**Creativo digital & estrategia y comunicación:** L. A. Zabara

©Mar Petryk, 2024

©The Orlando Books, 2024

[www.theorlandobooks.com](http://www.theorlandobooks.com)

Primera edición: febrero de 2024.

ISBN: 978-631-90327-1-0

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

---

Petryk, Mar

Dolce Inferno / Mar Petryk. - 1a ed. - Caseros : The Orlando Books, 2024.

592 p. : 22 x 16 cm.

ISBN 978-631-90327-1-0

1. Novelas de Suspense. 2. Novelas Policiales. 3. Adultos Jóvenes. I. Título.

CDD AB63

---

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.

Este libro se terminó de imprimir en febrero de 2024.

Litografía S.R.L. División Editorial, Ciudad de Buenos Aires - Argentina

# MAR PETRYK

# DOLCE INFERNO



THE ORLANDO BOOKS

COLECCIÓN CATHERINE

Para vos, querido lector, gracias por creer en mí. Yo creo en vos.

Somos imparables cuando soñamos.

# PLAYLIST

*Mouth Of The Devil*, Mother Mother  
*Daddy Issues*, The Neighbourhood  
*Valentine*, Maneskin

*Lose Control*, Teddy Swims

*In The Shadows*, The Rasmus

*I'm Yours*, Oryl

*Never Let Me Down Again*, Depeche Mode

*Snuff*, Slipknot

*All the good girls go to hell*, Billie Eilish

*The Loneliest*, Maneskin

*Looking For Love*, Whitesnake

*Call Out My Name*, The Weeknd

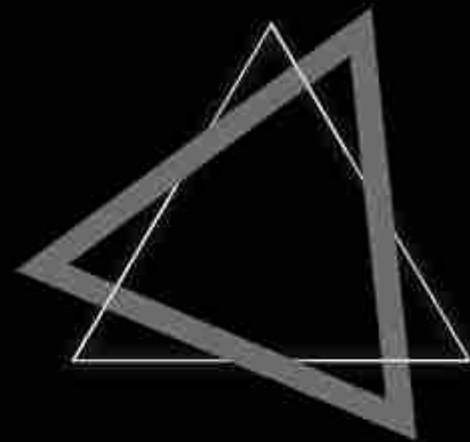
*Dangerous Woman*, Ariana Grande

*Like A Villain*, Bad Omens

*To My Knees*, Two Feet



Escanea el código QR y disfrutá la *playlist* del libro en Spotify.



# PREFACIO

## IL DIAVOLO

El contrato yace sobre la mesa de roble. Luce inofensivo, pero está manchado con la sangre del corazón que acaban de arrancarme.

—Su sueño por el tuyo.

Me acerca la pluma dorada, sé que en cuanto la toque pondré fin a mi vida.

—Su libertad por la tuya.

—¿Nunca lo sabrá?

—Nunca lo sabrá.

Cierro los ojos, le pido perdón. Me pido perdón.

Firmo un pacto con el diablo.

PRI-  
MIERA  
PAR-  
TE



## ALESSANDRO

Leo el mensaje de texto por séptima vez, me duele la cabeza de tanto analizar lo inevitable.

¿Estás adentro o no?

—La pasta no tiene gusto. ¿No hay queso?

Piero, mi hermano pequeño, revuelve la comida en busca de sabor.

¿Cómo le explico que no habrá queso hasta que no junte el coraje para responder ese mensaje?

—Necesito un libro nuevo para la clase de Historia. La maestra también pidió el dinero para la excursión al Coliseo. ¿Podré ir, Ale? Todos mis compañeros van, no quiero perdérme.



Miro de reojo el bolso negro que dejó Lorenzo anoche. Me habla. Me grita que es mi única solución, sabe que ya no puedo ignorarlo.

—¿Puedo tener zapatos nuevos? Ya me quedan muy chicos. Me duelen los pies. En la escuela me sangraron dos uñas.

El sonido de los cubiertos sobre el plato, la música de los vecinos, los gritos de los niños en la calle, el tren a lo lejos.

Mi pulso vuela, el calor aumenta. Es sofocante. No puedo respirar. No puedo pensar.

—Falta poco para mi cumpleaños. ¿Este año tendré una fiesta? Podemos hacer un pastel juntos y...

—Por favor, ¡basta!

Suelta el tenedor de golpe, asustado. Los hombros contraídos, la cabeza gacha. Es mi reflejo, es mirar al pasado a la cara.

Le grité. Hice lo que le juré que jamás haría: ser como papá.

—Lo siento. —Rodeo la mesa, me agacho a su lado—. No quise gritarte, lo lamento. Tengo la mente llena de basura de adultos. ¿Me perdonas?

—Pero no eres adulto, todavía vas a la escuela.

Su cuerpo delgado se pierde en el abrazo.

—Ya lo sé, pero a veces debo actuar como uno. —Beso su cabeza—. Mírame. Tendrás el libro de Historia, la excursión, zapatos nuevos, fiesta de cumpleaños y queso. Mucho queso. Lo prometo.



Cuelgo las esposas en el cinturón de mi disfraz de policía.

—¿Estás seguro de que no vamos a meternos en problemas? No tengo ni dieciocho años, Lorenzo.

Se ajusta el pantalón para que se le marque más el bulto entre las piernas, sonrío y me despeina.

—Con ese cuerpo y esa altura pareces de veinte. Nadie va a pedirte identificación. Además, vienes conmigo. Pensarán que tienes mi edad, suelo llevar amigos. ¿Puedes dejar de preocuparte como una señora?

—Mi hermano de doce años está durmiendo solo en casa, tengo que volver. No puedo equivocarme.

—¿Siempre eres tan responsable? Tienes que relajarte. Eso, relajarte. —Se agacha y revuelve sus cosas—. ¿Porro o una línea?

—Nada. Sólo dime qué debo hacer.

Lorenzo enciende uno de sus cigarrillos mágicos, le da una pitada profunda.

—Es una despedida de solteras, Ale. Somos el pastel, solo deja que te coman.

El corazón me va a mil por hora. Pienso en dar un paso atrás, pero la ilusión en los ojos de Piero al saber que tendrá una fiesta de cumpleaños me ata.

—Hey, no es la gran cosa. Solo te quitas la ropa despacito, bailas con movimientos sensuales, coqueteas, dejas que miren y toquen, sonrías como si fueras suyo, quizás algún que otro beso, te llenan de billetes la zunga y nos vamos a casa.

—¿Nada más?

Apaga el porro, lo guarda en su bolsillo.

—Si alguien quiere algo más, tiene otro precio. —Me guiña un ojo—. Y ese lo pones tú. Y más vale que tenga muchos ceros, hermano, un virgen con esa cara bonita equivale a dejarles los bolsillos pelados. No lo olvides: si lo quieren, que lo paguen.

—¿Qué te hace pensar que soy virgen?

—La experiencia y que te conozco, sé que estás esperando a la chica *especial*...

Abre la puerta de la camioneta, baja de un salto. Lo sigo, vestido de policía, repitiéndome todas las razones por las que debo hacer esto.

—Si te gusta, puedes unirte para las próximas. No creo que Romeo tenga problemas, los tríos cotizan más.

—¿Romeo?

—Mi compañero de aventuras. Él me metió en esto, yo te meto a ti. Es una linda cadena. Fiestas, dinero, mujeres, sexo... La ecuación perfecta, el camino fácil. —Palmea mi espalda—. Cambia esa cara, Di Stéfano, las chicas quieren la sonrisa pícaro y sensual. —Señala la puerta negra del club—. Necesitas billetes y ahí están, esperándote.

Inhalo profundo, acepto mi destino.

Luces de colores le dan vida al oscuro salón donde docenas de mujeres gritan y ríen. Copas van y vienen, el volumen de la música es tan alto que vibra en mi pecho.

—¿Qué hago? No ensayamos nada. ¿Tienes una coreografía o algo?

—Solo mírame e improvisa. —Avanza entre las sombras—. ¡Y disfruta, Di Stéfano! Esta noche eres un dios.

Lorenzo se come el mundo desde que nació. Camina con una

seguridad envidiable, como si tuviera todo bajo control, la vida comiendo de la palma de su mano. Y lo envidio, por un instante desearía ser él.

La música cambia, el espectáculo comienza.

La piel dorada de Lorenzo se revela al tiempo que se quita el disfraz. Hay sensualidad en cada uno de sus movimientos, la experiencia se evidencia en la sonrisa que despierta la euforia femenina.

Permanezco entre las sombras, estudiándolo, aprendiendo, reuniendo valor para dar el paso hacia la luz.

Un segundo policía se une a la locura, Romeo. Su piel brilla con cada movimiento experto. Se desesperan por tocarlo, por lamer las ondulaciones satinadas de su abdomen. Es un chocolate que todas quieren comer.

«La pasta no tiene gusto. ¿Puedo tener zapatos nuevos? Me duelen los pies. ¿Este año tendré fiesta de cumpleaños?».

Las palabras que me atormentan se funden con la ira, navegan como adrenalina por mi sangre, me empujan hacia un mundo nuevo.

«Mírame e improvisa».

Ignorando el temblor de mis piernas, avanzo fingiendo que la noche es mía.

Todas las miradas gravitan a mi alrededor, los murmullos que llegan a mis oídos cuando me acerco a cada mujer me dan el último empujón.

—Por Dios, mira sus ojos.

—Y esa mandíbula...

—Es tan joven...

—Cómo huele...

—Parece una escultura...

—¿Cabello negro y ojos celestes? Lo quiero.

—¡Arrésteme, oficial! Estoy a punto de romper la ley.

El comentario me roba una sonrisa genuina que las enloquece. Entonces, algo se enciende. Una llama. ¿Placer? ¿Esperanza? ¿Diversión? ¿Ego? No lo identifico, pero me entibia, me desinhibe, rompe una a una mis cadenas.

Soy consciente de mi atractivo, pero jamás saqué provecho de él. Hasta hoy. Hoy soy solo un cuerpo y una cara bonita.

Me quito el gorro, lo coloco en la cabeza de la futura esposa. Desabotono mi camisa con lentitud y seducción inexperta, cada movimiento de mis caderas susurra una promesa que no cumpliré. Permito que sus manos suaves recorran mi torso y dejen billetes en la cintura de mi pantalón.

Me dejo llevar por la adrenalina, los nervios disipándose con cada grito, cada caricia indeseada, cada billete anhelado.

—Bienvenido. —Lorenzo susurra a mi oído—. Mírate, Di Stéfano, naciste para esto.

Me toco. Me descubro a través de manos ajenas. Sin conocerla, vivo la sexualidad de la que todos hablan.

Pierdo el control de mi cuerpo, la noción del tiempo y la realidad. El ambiente me absorbe, me consume, me envuelve en una vorágine de satisfacción.

Manos. Labios. Lenguas. Susurros sucios.

Quizá Lorenzo tenía razón, tal vez es fácil. Dinero, mujeres,

fiesta... Sexo. La ecuación perfecta, la solución a mis problemas. Un presente nuevo. Un futuro para mi hermano. Nuestro escape de ese agujero.

Romeo y Lorenzo cuentan los billetes sentados en el suelo y semidesnudos. Están transpirados, los cuerpos cubiertos de besos rojos. Me cuesta creer que luzco igual.

—¿Cómo puede ser? El *bambino* se llevó más que nosotros. —Romeo se queja y su compañero ríe.

—Es carne fresca. Suerte de principiante. —Me despeina—. Te dije que esos ojitos celestes iban a mojar unas cuantas tangas. Lo hiciste bien. ¿Vienes a la próxima? Es este sábado. No es de ricachonas como esta, pero todo sirve.

La cantidad grotesca de euros en mis manos me tiene en las nubes, solo puedo pensar en cuántos problemas resolveré con esto.

—¿Ale? ¿Me escuchaste?

—Dale tiempo, está en *shock*. ¿Recuerdas nuestro primer *show*? Seguro teníamos esa misma cara. Tómale una foto.

—Hey. —Lorenzo me tira una toalla—. ¿Te contamos para el próximo *rock and roll* o no?

Miro a Romeo.

—¿No tienes problema?

Le da un trago a su cerveza.

—Un blanquito entre dos morenos. ¿Qué dices, Lorenzo? ¿Le agrega picante?

—Digo que tres son mejor que dos! ¡A brindar por los tres mosqueteros!

Chocamos los botellines, brindamos por un nuevo comienzo que aún me sabe extraño, agrídulce.

Los dos se levantan, arreglan cuentas con el dueño del club.

Nos duchamos con agua helada, es la primera vez que estoy desnudo frente a otros hombres.

—Ahora eres un poco menos virgen.

—¿Es virgen? —Romeo se enciende un cigarro—. ¿De dónde lo sacaste?

—Somos amigos del barrio. Jugamos juntos al fútbol, si supieras cómo pateas...

Lorenzo me alcanza la ropa, me visto.

—¿Ya puedo irme?

—Claro. Vuéla, palomita. ¿Qué te retiene?

Me siento incómodo y estúpido tan solo por preguntar.

Me despido. Con cada paso que me acerca a la brisa nocturna me desprendo de la sensación de irrealidad que se apoderó de mí.

«¿Qué acabo de hacer?».

La noche de verano me golpea tanto como la realidad.

«Te desnudaste por dinero».

Hay un auto negro y lujoso estacionado en la puerta del local, es una máquina alucinante. La ventanilla del pasajero baja con lentitud, una mujer madura señala hacia mí. Miro alrededor, la calle está vacía.

—¿Yo?

Asiente.

Me acerco. La reconozco, estuvo en la fiesta. De las menos participativas. ¿Madre de la novia, tal vez?

Me da un sobre blanco. Lo examino con el ceño fruncido antes de abrirlo. Billetes. Muchos billetes. Tres mil como mínimo. No recuerdo haber visto tanto dinero junto.

—Necesito un acompañante para un evento exclusivo.

—¿Acompañante? ¿Qué clase de evento?

La mujer pelirroja sonríe revelando una perfecta dentadura. Podría ser mi madre, pero eso no la hace menos atractiva. Tiene las décadas bien llevadas.

—Podríamos decir que es una... fiesta.

—¿Como esta?

Niega.

—Algo más... sofisticado e interesante. Único.

—¿Y quiere pagarme tres mil euros para que la acompañe?

Ríe con modestia.

—En mi círculo social es un pecado llegar sola a un evento. Ya sabes, todos necesitamos un poco de compañía. En especial una mujer soltera como yo. Un hombre hermoso para presumir, que me lleve de su brazo, que me escuche, que me coloque el abrigo... Son los pequeños detalles, cariño, los que hacen la vida interesante.

Miro alrededor, los pensamientos me enloquecen.

—No... estoy vestido para la ocasión, tal vez alguno de mis amigos...

—Eso puede arreglarse.

Miro el sobre en mi mano. Lo que, con suerte, ganaría en un mes teniendo un trabajo decente, ¿solo por una noche de compañía?

—No soy un gigoló, señora. Creo que se confunde.

—No me confundo. Sé perfectamente lo que eres y lo que quiero.

Lo pienso.

—¿Cuál es el truco? ¿Cuáles son las reglas?

Otra sonrisa seductora.

—No hay truco, no hay reglas. De esto se trata, cariño. *Fidati del tuo istinto.*

Mi instinto. Confiar en mi instinto.

—¿Cuántas horas?

—Las que quieras.

Me rasco la barba incipiente, analizo todo lo que podría salir mal. Y lo que podría salir bien.

—¿Cuál es su nombre?

—Gianna, y puedes tutearme. ¿Cuál es el tuyo, cariño?

—Alessandro.

—Es un placer conocerte.

—El... placer es mío.

Rodeo el Lamborghini, subo.

Un perfume dulzón y asfixiante sensibiliza mi olfato.

Gianna me mira como si supiera más que yo, como si algo implícito flotara entre los dos.

—Nunca reveles tu verdadero nombre, cariño. Esta noche serás Eros, dios del amor.



## ALESSANDRO

La ciudad es una pintura borrosa sobre el lienzo de la noche.

Asfixiante es la tensión que me provoca tener demasiado tiempo para pensar. Quizá me equivoqué; tal vez este no es el camino correcto, pero ¿cuál es? ¿Pasar hambre y necesidades? ¿Seguir viviendo con un monstruo? ¿Continuar viendo cómo mi hermano se despide de una infancia no vivida mientras me quedo de brazos cruzados?

Una caricia en mi pierna me ancla al momento. Miro su delicada mano ascender y descender, sus uñas rojas brillando.

—Cuéntame algo de ti, Eros.

No quiero hablar, pero tampoco pensar.

—Eh... Nací y crecí aquí, en Roma. Tengo...

—No esa clase de cosas. Cuéntame algo salvaje, algo profundo, crudo. ¿Qué deseas, Eros? ¿Con qué sueñas? ¿Qué harías

con tu vida si no tuvieras ni un solo problema? ¿Qué harías si no tuvieras miedo?

Nunca nadie me había hecho esa pregunta, ni siquiera yo. No me permito fantasear con el futuro cuando apenas tengo un presente.

—Yo... quisiera ser fotógrafo. Me gustaría viajar por el mundo tomando fotografías, capturando momentos, incluso aquellos que parecen insignificantes. Tal vez sueño con ver mis fotos en exposiciones, con perderme en el rostro de la gente mientras las observan, mientras... las sienten. Sueño con despertar y solo pensar: ¿Qué maravilla descubriré hoy?

La vergüenza me acorrala apenas dejo escapar la última palabra. Gianna me acaricia la mejilla, me sonríe.

—Justo lo que imaginé, un alma pura.

El auto se detiene, mi puerta se abre.

—Sigue a mi chofer, cámbiate de ropa.

Bajo, sigo hasta el baño de una gasolinera al hombre serio y silencioso que carga una enorme caja blanca.

—Tiene que ser su talle. Estaré esperándolo.

—¿Mi talle? ¿Cuándo...?

—Entre, por favor. A la señora Gianna no le gusta esperar.

Apoyo la caja en el suelo y la abro. Un traje negro de tres piezas, moño y zapatos. Extrañado, comienzo a vestirme. Todo me queda bien, el esmoquin incluso parece hecho a medida.

Esa mujer estuvo observándome toda la noche, roza lo perturbador.

Miro mi reflejo en el espejo, es la primera vez que visto tan

elegante. Parezco importante y sofisticado, justo lo que nunca voy a ser.

—¿Cómo supo mi talle? —pregunto apenas vuelvo al Lamborghini.

—Tengo un ojo experto, Eros.

—Tenía el traje preparado. ¿Lo planeó?

—Tutéame, por favor.

—¿Lo... planeaste todo antes de ofrecerme ser tu acompañante?

—No soy una mujer que deja la vida en manos del azar.

—¿Cómo sabías que aceptaría?

Otra sonrisa seductora, intrigante.

—Lo vi en tus ojos. Ambición, hambre, lealtad, curiosidad... Eres transparente, Eros, tienes las emociones a flor de piel. Pero eso es algo que puede arreglarse, pulirse con el tiempo. Yo fui como tú alguna vez, un diamante en bruto.

El resto del camino es mudo.

La ansiedad se va apoderando de mí, los nervios afloran. La mente en el mañana y el cuerpo en el ahora.

¿En verdad soy así de transparente? ¿Tan fácil es leerme? ¿Por eso la gente se aprovecha de mí?

«Es algo que puede arreglarse, pulirse con el tiempo».

Pienso en Piero, ¿se habrá despertado? ¿Estará bien? No quiero que sea como yo, quiero que sea fuerte, que la gente lo respete, lo valore. No quiero que sea invisible.

Tras las ventanillas comienza a dibujarse una de las zonas más exclusivas de la ciudad, miro embobado mientras ingresamos a una propiedad.

El chofer estaciona frente a la mansión blanca al final del camino. Abre mi puerta. Bajo y rodeo el auto para ayudar a Gianna. Me percató de su silueta y del fino vestido negro.

—Veo que aprendes rápido. —Acepta mi mano; luego, mi brazo—. Presiento que encajarás muy bien aquí, Eros. Ya lo verás.

No hay forma de que encaje en un lugar donde la gente puede pagar tres mil euros por unas horas de compañía, pero no discuto.

Avanzamos por el camino de gravilla; las fuentes de agua y las estatuas acaparan toda mi atención.

—Quédate a mi lado en todo momento y no respondas preguntas personales.

La advertencia me inquieta.

Las altísimas puertas doradas se abren, música sofisticada nos recibe.

—Gianna, es un placer verla esta noche. Llega justo a tiempo, adelante.

Atravesamos un vestíbulo frío, ostentoso e impersonal. El volumen del violín suave aumenta con cada paso, proviene de un salón que me deja la boca abierta.

Luces tenues acentúan la mezcla de tonos rojizos y dorados que predomina. Exóticos sillones circulares, cuero, terciopelo. Un escenario, telón rojo, y mozos elegantes que reparten aperitivos a la gente de gala que conversa de forma distendida.

—Bienvenido al paraíso, Eros.

¿Paraíso? Esto no se parece en nada al paraíso, es rojo como el infierno. Y aburrido. La música, las sonrisas falsas, las conversaciones de negocios que se oyen al pasar.

Gianna saluda a sus conocidos. Nadie pregunta por el joven que la lleva del brazo, Nadie me habla, solo alguna que otra mirada o sonrisa que devuelvo con educación.

Los minutos corren lento, pienso en los tres mil euros que tengo en el bolsillo para no ahogarme con cada copa de *champagne* que le quito a los camareros que van y vienen.

Gianna no especificó cuánto debería quedarme a su lado, planeo irme cuando pase una hora.

No puedo creer que esto es lo que hace la gente de plástico; juntarse a presumir sus caros atuendos y sonrisas falsas. ¿No se dan cuenta de que no hay nadie que parezca genuinamente interesado en las conversaciones vacías? O en estar aquí.

—Estás bien acompañada hoy, Gianna. . . —Una mujer de cabello corto y oscuro me sonríe—. ¿Crees que podrás prestármelo para la próxima?

—Siempre pendiente de las sobras, Beatriz.

No solo están hablando de mí como si fuera un juguete, se disputan mis *sobras*. Abro la boca para decir que se terminó el juego, que me voy a casa con la poca dignidad que me queda, pero todas las luces se apagan.

No se oye un solo ruido, ni siquiera una respiración.

La confusión y el miedo se arremolinan en mi estómago.

—Gianna, ¿qué...?

Las luces se encienden, mi corazón se detiene.

La música cambia de forma abrupta al tiempo que docenas de hombres y mujeres con atuendos que revelan sus cuerpos descienden

del techo con arneses. Vuelan sobre los invitados, que están maravillados, se tocan, se besan, dan un espectáculo artístico y sensual.

Jamás he visto algo parecido.

El telón se abre. Tres mujeres semidesnudas bailan alrededor de caños dorados. Rubia, morena y pelirroja. Tres cuerpos exuberantes, tres antifaces brillantes. La coreografía es sexual y delicada al mismo tiempo.

—¿Qué... está pasando? ¿Dónde estamos?

Gianna se acerca, susurra a mi oído:

—Ya te lo dije, el paraíso. Disfruta esta experiencia sensorial, Eros, y no olvides confiar. —Un beso tibio en mi mejilla—. *Fidati del tuo istinto.*

Se aleja, se recuesta en uno de los sillones de cuero y disfruta de los hombres y mujeres que descienden sobre ella.

Miro alrededor. Bocas besándose con pasión, cuerpos tocándose sin pudor. Esto... ¿esto es una orgía?

La mujer que me arrastró a su paraíso me mira mientras besan su cuello y acarician sus pechos por encima del vestido.

Me tiemblan las piernas, estoy mareado, confundido, fascinado en formas que no entiendo. ¿Me gusta lo que veo? ¿Me asquea? ¿Me asusta?

Mi sangre corre más rápido, mis sentidos se magnifican. Oigo los gemidos de placer que se funden con la música; huelo los cuerpos, los cigarrillos y cada perfume, saboreo la confusión en la punta de la lengua.

Mi vista se posa en el escenario, la exhibición me deslumbra,

me atrapa en un bucle exótico y sensual. Todo lo demás desaparece, solo quedan las tres bailarinas de antifaz.

Hipnotizado me acerco, no sé lo que hago, solo... sigo mi instinto. La bailarina rubia tiene toda mi atención, no lleva zapatos de taco alto como las demás, tiene zapatillas de *ballet*. Me pierdo en sus curvas pronunciadas, talladas por un artista. No solo me cautiva la belleza de su cuerpo, sino cómo lo mueve, cómo transforma cada movimiento sexual en una danza sofisticada y emocional.

Asciendo por la curvatura de su espalda, desesperado por verla girar, por conocer sus ojos. Detrás del antifaz plateado se esconde una mirada de cielo. Y me encuentra. Se desliza sobre el escenario con elegancia mientras me mira. Nunca vi unos ojos tan claros, tan transparentes. No esconden ninguna emoción, están allí para quien contemple algo más que su cuerpo.

—¿Cómo te llamas?

La bailarina rompe el contacto visual en cuanto oye mi voz. Vuelve a alejarse, la mirada ida mientras termina su rutina.

La observo, consciente de que jamás vi criatura más hermosa. El telón se cierra.

Permanezco paralizado, la adrenalina haciéndome temblar en esta nube roja.

—Escoge una mujer.

El aliento cálido de Gianna en mi cuello me devuelve a esta realidad pecaminosa.

—¿Qué?

—Escoge una mujer.



—Yo... yo no...

—No es para ti, a menos que así lo desees. Es para mí, Eros.  
Elige una mujer para mí.

Sé que luzco confundido, porque sonrío con superioridad.

—¿Por qué... no la elige usted? Tú. ¿Por qué no la eliges tú?

—Porque quiero conocer tus gustos. Vamos, no me hagas esperar.

Elige.

Escaneo el salón, el libertinaje late en cada rincón. Este lugar es la definición de pecado.

—Solo señala cualquiera que te parezca atractiva o interesante.

Inhala profundo, apunto a una mujer de cabello corto y violeta.

No es mi tipo, pero me gusta su sonrisa. Parece verdadera.

—Excelente elección.

—¿Ya puedo irme?

—Por supuesto. Puedes irte o puedes subir a la habitación roja con nosotras.

La invitación me sacude.

—Yo no... Ya te lo dije, Gianna, no soy un *gigoló*.

—Sin reglas. Haces lo que quieres, te vas cuando quieres.

Miro a la mujer de cabello violeta besándose con dos gemelas.

—Te intriga, Eros, lo veo en tus ojos. Me pregunto por qué te reprimas. —Sus labios sobre la línea de mi mandíbula—. Tú decides.  
¿Tienes ganas de explorar el paraíso?



## ALESSANDRO

La curiosidad nos alimenta, nos enseña, nos destruye, nos marca. La curiosidad me susurra que tome su mano, que descubra más de esta realidad absurda y sensual con la que ni siquiera me atreví a fantasear.

Sus dedos rozan los míos; sueños, vidas y futuros se entrelazan.

—Confía en tu instinto, Eros, escucha al impulso. Déjate guiar.

Mi instinto... Mi instinto está aturdido, me grita que salga corriendo, murmura que no hay nada malo en explorar. Conocer. Probar.

Abre su pequeño bolso, saca algo y lo pone en mis manos.  
Una carta de tarot, *Los amantes*.

Se acerca a mi oído y susurra:

—Las escaleras. Muéstrale esto a los hombres de seguridad.

—Deja un beso en mi mejilla, apenas un roce tibio—. Y recuerda, estás en control.

Gianna se aleja, va directo hacia la mujer de cabello corto y violeta. Se sienta a su lado, conversan en compañía de una copa.

«Te intriga, lo veo en tus ojos», su voz está en cada recoveco de mi cabeza.

Miro la carta de tarot, es negra, roja y dorada.

«Sin reglas. Haces lo que quieres, te vas cuando quieres. Estás en control».

Sé que debo volver a casa, que esta noche ya fue suficiente locura, pero... me pica. La curiosidad me pica.

Avanzo entre la gente que disfruta de su sexualidad sin pudor, intento no mirar, pero se me van los ojos. Le muestro la carta a uno de los hombres que custodian la escalera de mármol. Hay una insignia dorada en el bolsillo de su traje negro, una D seguida de una I.

—Adelante, señor. Siga su carta.

¿Señor? ¿No ve que podría ser su hijo?

—¿Seguir mi carta?

—Confíe en ella, encontrará el camino.

Subo, la música se ahoga con cada paso.

Un pasillo rojo e infinito me marea, o tal vez es el miedo a lo desconocido. Arañas de cristal cuelgan del techo, iluminan el camino.

Puertas. Puertas rojas con diferentes cartas pintadas en tonos oscuros y dorados. El diablo, La sacerdotisa, El emperador, Los amantes.

Me acerco a mi puerta.

El aroma es dulce e intenso: vainilla.

No me sorprende que la habitación sea como la sangre, pero sí su tamaño. Este cuarto es mi casa entera.

Una inmensa cama circular cuelga del techo espejado. Velas en cada esquina, un jacuzzi, un bar repleto y un extraño sillón de cuero.

El silencio es abrumador.

Me acerco al bar, agarro una de las seis copas servidas sobre la bandeja dorada. Seis... No sé si quiero pensar por qué hay tantas. Bebo dos más mientras leo la tarjeta de «Cortesía de la casa».

¿De quién es esta casa? ¿Quién puede hacer una fiesta así?

El cuero rechina cuando me siento en el sofá. Me quito el moño del cuello, también el saco, y me desabotono el chaleco. Bebo, contemplo los detalles de esta locura.

¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

La culpa se anticipa.

«Te faltan dos meses. Aún eres menor de edad y estás con alguien que podría ser tu madre en una mansión donde se respira sexo. Problemas. Esto huele a problemas. Huye».

Me levanto para irme, pero la puerta se abre.

Gianna y la mujer de cabello violeta entran. Gianna observa mi aspecto desalineado, me sonríe.

—Te pusiste cómodo, me alegra.

La puerta se cierra, ambas mujeres toman una copa.

Gianna apoya el índice en mi pecho, me sienta.

—Eros, ella es Púrpura, tu elección.

«Púrpura. Qué creativo».

Púrpura bebe el licor de un solo trago, se aleja del bar y me sonrío cuando lleva las manos a su espalda y deja caer su vestido.

Es la primera vez que veo a una mujer desnuda en la vida real, frente a frente. Mi corazón bombea enloquecido mientras recorro sus curvas voluptuosas.

Gianna se acerca, la besa. La boca en su cuello, en sus pechos, en sus labios. Y la mano... esa mano desciende entre sus piernas.

Me endurezco poco a poco, soy testigo del acto más erótico que presencié en mi corta vida.

«Si alguien quiere algo más, tiene otro precio». La voz de Lorenzo me envuelve, me enoja. No voy a prostituirme, no soy un *gigoló*.

«Sin reglas. Haces lo que quieres».

Mirar, sólo voy a mirar. Sólo quiero mirar.

Las mujeres aterrizan en la cama colgante.

Otro vestido toca el suelo.

La escena es un sueño húmedo.

Me perco del cambio en el ritmo de mi respiración, el sudor en las palmas de mis manos, la presión en mis pantalones. La incomodidad. La necesidad.

Me siento mareado, fuera de mí. Jamás experimenté tantas sensaciones juntas.

«¿Qué me pasa?».

La boca de Púrpura está entre las piernas de Gianna.

Los gemidos afloran, me enloquecen.

Necesito tocarme, liberarme de esta presión.

Mi cuerpo está lánguido cuando mi mano serpentea hacia el bulto entre mis pantalones.

La habitación de Los amantes da vueltas.

Hace calor.

Mi corazón va a estallar.

Mi boca está seca.

Esto no es normal.

«¿Qué me pasa?».

Miro de reojo hacia el bar.

«Las copas. Cortesía de la casa».

Mi mano encuentra la erección, la recorre mientras mi mente aturdida se pierde en la imageri. No en las dos mujeres que tienen sexo en la cama flotante, no. En la bailarina con ojos de cielo. Recuerdo cada uno de sus movimientos, su cabello rubio y abundante, esa boca carnosa, esa mirada transparente... Su danza. Nada fue más íntimo y sensual que su danza, ni siquiera esto.

Gianna y Púrpura bajan de la cama, se acercan a paso seductor. Se arrodillan ante mí. La mujer que me arrastró a su paraíso busca aprobación en mis ojos, y la tiene.

Dejo caer la cabeza hacia atrás cuando siento sus bocas sobre mí. No entiendo lo que pienso ni lo que siento. No soy yo, soy alguien más. Alguien nuevo. Y se siente bien. Y se siente mal.

La vida está en cámara lenta, pero mi pulso vuela.

Lenguas tibias, risas, palabras que no entiendo. Piel. Piel despierta. Piel que siente.

—Eso es, Eros, déjate llevar. Libérate. Dime qué deseas.

Mis dedos se pierden en sus cabellos, tiran de ellos en busca de intensificar cada sensación nueva.

Soy fuego.

—Vamos a la cama...

—Es virgen. —Un susurro—. Despacio.

«Virgen».

La bailarina se esfuma, mis párpados se abren. Miro alrededor, la habitación es un borrón rojo. Gianna y Púrpura lamen mi excitación.

—No quiero. —Me levanto, todo da vueltas—. No quiero... No. No voy a ir a la cama, no quiero.

—Eros, todo está bien.

—Será divertido, puedo hacerte sentir mucho más que con mi lengua...

—Dijo que no. —La voz tajante de Gianna hace eco en mi cabeza.

Me alejo. Trastabillo con cada paso que doy mientras me subo los pantalones.

—¿Qué me pasa?! —Tiemblo—. Gianna, ¿qué me pasa?

—Tranquilo, cariño. ¿Cuánto bebiste? —Intenta acercarse.

—Faltan cinco copas —murmura Púrpura—, dos son nuestras.

—Le pediré al chofer que te lleve a casa. Todo estará bien, Eros, solo necesitas descansar.

—No... ¿Qué... me diste?

—Eros...

Salgo de la habitación, me sostengo de las paredes. Mi cuerpo tarda en reaccionar a las órdenes de mi cerebro, pero corro.

El pasillo se contrae y se expande, late al ritmo de mi corazón.

—¡Eros!

Me alejo de su voz tan rápido como mis piernas dormidas lo permiten.

¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?

Bajo la escalera, el sexo se huele y se oye. Camino entre cuerpos que se retuercen.

Los hombres de seguridad me retienen, me piden identificación, no me dejan salir.

—Déjenme salir! —Mi garganta se enciende—. ¡Quiero salir!

—Déjenlo ir.

Gianna me mira, no hay emociones en su rostro. Solo es una estatua rica y perfecta, envuelta en una bata de seda negra.

Los hombres me sueltan. Y salgo.

La noche respira en mi cara, me recuerda lo estúpido que fui.

Y lo siento, se va formando, arde, está lleno de culpa, miedo y sueños rotos: el vómito. Me pone de rodillas, dobla mi cuerpo, mis dedos arrancan el césped. Me contorsiono, vomito la noche entera hasta que no puedo respirar.

—Hey, ¿estás bien? —Una voz suave, casi añorada—. ¿Necesitas... ayuda?

Alzo la mirada al cielo, encuentro a un ángel. Hay un halo blanco y brillante a su alrededor, puro, hermoso.

—¿Quieres que llame a alguien? —Se arrodilla junto a mí, coloca una mano en mi espalda—. ¿Necesitas un médico?

Sus ojos. Esos ojos de cielo.



## TROIA

Cuando piso el escenario por segunda vez, lo busco. Mi vista recorre la habitación lujuriosa, esquiva cada acto de depravación con un solo objetivo: encontrarlo.

Él, el joven de traje de tres piezas y mirada oceánica. El único que me miró a los ojos, como si mi sensualidad estuviera en ellos y no en las curvas desnudas de mi cuerpo.

No está.

Me paro sobre las puntas de mis zapatillas de *ballet*, acaricio el caño dorado, el espectáculo comienza.

«¿Cómo te llamas?». Su voz sigue en mi cabeza.

—Concéntrate. —Roma me reta cuando pasa a mi lado—. Estás mezclando las coreografías.

Intento escuchar a mi compañera, enfocarme. Cambio el ritmo de los movimientos, me acopló a lo ensayado.

—Tú. Tus ojos...

Frunce el ceño.

—¿Qué pasa con mis ojos?

—Eres la bailarina, tus ojos..., el antifaz...

—Voy a pedir ayuda.

Se levanta, pero agarro su muñeca.

—¿Cómo te llamas?

—No tengo nombre.

El adormecimiento me domina, mi espalda toca el pasto.

—Por favor..., dime... tu nombre.

Muerde su labio inferior. Me mira.

—Artemisa.

—¿Es tu verdadero nombre?

Ríe.

—Nada aquí es verdadero.

Me pierdo en su sonrisa, mis ojos comienzan a cerrarse.

—Yo soy... A... —«Nunca reveles tu verdadero nombre»—. Eros.

Esos bonitos ojos me estudian, me analizan.

Vuelve a agacharse.

—¿Qué hace alguien como tú vomitando en el jardín de esta mansión?

—Acabo de tomar una de las peores decisiones de mi vida, Artemisa.

Saca un pañuelo de su bolso, limpia mi rostro húmedo y mi boca.

—Bienvenido al club, Eros.

Hombres y mujeres se ubican en los sillones frente al escenario, salivari como perros frente a un trozo de carne, la única diferencia son sus atuendos caros.

Me deslizo por el caño hasta tocar el suelo, gateo con sensualidad hacia la orilla, cierro los ojos al sentir las manos frías colocar billetes en mi ropa interior.

«¿Cómo te llamas?».

Un hombre canoso pone una carta de tarot en el hilo de mi tanga. El emperador.

—No soy una puta —se la devuelvo—, gracias.

«¿De verdad no eres una puta? ¿Qué pensarían tus compañeras de *ballet*? ¿Tu madre y tu querida abuela?».

Alejo las voces, me concentro en mi cuerpo, en la música, y termino el *show* con la misma excelencia de siempre.

El telón se cierra, me quito el antifaz.

—¿Dónde estabas? —Roma me tira una toalla.

—¿Eh?

Bebe de mi botella de agua, me mira indignada.

—Te equivocaste dos veces esta noche, amor. Nunca te equivocas. ¿Dónde estabas?

Me seco la asquerosa mezcla de sudor, brillos y aceites que me cubre la piel.

—Tengo un examen el lunes, no estudié. Me tiene preocupada —miento—. No puedo fallar otra vez si quiero terminar la escuela, ya lo sabes.

—¿Un examen? Claro... Ambas sabemos que hace meses no pisas

la escuela. —Me apoya las manos en los hombros, me mira fijo. Esos ojos marrones que siempre destilan alegría ahora están serios—. Me jugué el culo al traerte aquí, no puedes hacerme quedar mal.

—Lo sé, lo sé... —La abrazo, me aferro como un koala a su alma noble—. No volverá a pasar, lo prometo.

Roma peina mi cabello antes de soltarme.

—¿Pizza en la playa? —pregunta, agarrando su bolso—. Me muero de hambre.

*Pizza*. Una bomba deliciosa con alrededor de ciento sesenta calorías por porción. Justo lo que quiero, no lo que necesito.

—Tengo que llegar a casa antes de que amanezca, es el cumpleaños de mi abuela. Le preparo el desayuno todos los años.

—Cierto. Me cambio, arreglo unas cuentas y te llevo.

—Te espero afuera.

Me guiña un ojo y desaparece.

No pierdo el tiempo, me cambio detrás del telón. La ropa de Artemisa toca el fondo del bolso, vuelvo a ser la Tróia que la abuela mima con adoración.

Enciendo un cigarro cuando salgo a los jardines. Me apoyo en una de las estatuas desnudas, fumo mientras digiero la noche.

Los kilos de maquillaje en los ojos hacen que parpadear sea una odisea, estoy cansada y hambrienta, pero mis bolsillos se van llenos otra noche.

Estoy más cerca.

Un sonido agonizante, seguido de arcadas escandalosas, capta mi atención.

Tiro el cigarrillo, lo piso y voy en busca de esa voz que sufre.

Un hombre joven está de rodillas sobre el césped, vomitando entre los arbustos. Su cabello corto y azabache se ve sedoso bajo las luces de la fuente de agua.

Me acerco despacio, tengo suficiente experiencia con estos millonarios imbéciles como para saber que la distancia es siempre mi aliada.

—Hey, ¿estás bien? ¿Necesitas... ayuda?

Arranca el pasto cuando la última arcada lo sacude. Lo deja ir todo, incluso un hilo de sangre que me estremece. Inhalo profundo y mira hacia el cielo. Sus ojos me encuentran cuando doy un paso más, mi piel despierta. Es él, el de los ojos de océano. Azules, turbulentos, mágicos, imponentes.

—¿Quieres que llame a alguien? —Me arrodillo a su lado por instinto, mi mano acaricia su chaleco empapado—. ¿Necesitas un médico?

—Tú... Tus ojos...

La forma en que me mira, esa misma intensidad con la que me observó bailar.

—¿Qué pasa con mis ojos?

—Eres la bailarina, tus ojos...

Me reconoció. El antifaz que llevo en cada *show* cubre la mitad de mi rostro y, aun así, me reconoció.

—Voy a pedir ayuda.

Me levanto, pero su mano fría me rodea la muñeca.

—¿Cómo te llamas?

Otra vez esa pregunta que estuvo en mi mente toda la noche.

—No tengo nombre.

Su cuerpo cede a los efectos de lo que sea que haya consumido y cae sobre el césped húmedo. Me mira, me hace sentir incómoda, bajo una lupa, y sé que es ridículo que yo lo diga cuando soy el centro de la atención libidínosa casi cada noche, pero esto es... diferente, casi... inocente.

—Por favor... dime tu nombre.

Me muerdo el labio, contemplo la docena de razones por las cuales decirle mi nombre es una mala idea. Pienso en lo que soy esta noche.

—Artemisa.

—¿Es tu verdadero nombre?

La pregunta es ridícula, me hace reír.

—Nada aquí es verdadero.

—Yo soy... A... Eros.

Vuelvo a agacharme, saco un pañuelo del bolso y seco la transpiración de su rostro.

—¿Qué hace alguien como tú vomitando en el jardín de esta mansión?

—Acabo de tomar una de las peores decisiones de mi vida, Artemisa.

Mi alter ego suena tan dulce en sus labios.

—Bienvenido al club, Eros.

Nos miramos un instante, ninguno dice nada, solo pretendemos filtrarnos en la vida del otro con un parpadeo. Y, mientras limpio su boca, pienso en lo bien que le queda ese nombre.

—¿Amor? —Roma se acerca con cara de «¿qué mierda estás haciendo?».

Me levanto.

—Lo encontré descompuesto y...

—Artemisa me está ayudando. —Eros interviene, luchando por mantener los ojos abiertos.

—Así que Artemisa te está ayudando, ya veo... —Roma se acerca a mi oído—. ¿Qué dijimos de estos enfermos millonarios? Lejos, Troia, lejos.

—Mi hermano... Tengo que... ir a casa.

Ambas miramos al hombre que balbucea sobre el pasto.

—¿Tu hermano está adentro? —pregunta Roma.

Niega.

—¿Estás solo?

Asiente.

—¿Dónde está tu auto? —Miro alrededor.

—No tengo auto. ¿Puedes... llevarme con Piero? Por favor.

—No. Vamos a dejarlo aquí —masculla Roma—. Alguien lo encontrará. Vamos.

Tira de mí, pero la detengo.

—Creo que está drogado. Y está solo, no podemos dejarlo aquí tirado.

—¿Por qué no? No lo conocemos.

—No es como lo demás, es... muy joven. Míralo, podría ser una de nosotras.

—Estoy segura de que hay una cuenta bancaria con muchísimos

ceros que dice lo contrario.

—Roma, por favor, solo... ayudémoslo.

Me mira, hace rodar sus ojos.

—¡No me pongas esa cara! —dice—. Esa no.

—No estoy poniendo ninguna cara.

Resopla, observa al pobre desgraciado y se decide.

—Ayúdame a levantarlo. Rápido, me muero por esa pizza.

Entre las dos conseguimos levantarlo, avanzamos hasta la camioneta de Roma sosteniéndolo de cada lado.

—Hueles... rico —susurra a mi oído, mi piel se eriza.

—No puedo decir lo mismo. Apesta a vómito, necesitas una ducha.

—Voy a poner toda la basura en el asiento del copiloto, así podemos meterlo atrás. —Roma habla mientras abre el vehículo y yo intento cargar con todo el peso de la jirafa. ¿Tenía que ser tan alto?

—¿Y dónde se supone que voy a sentarme?

—¿Dónde crees? ¡Atrás! No te quejes por hacer de niñera, fue tu idea.

Saca toda la basura de los asientos traseros. Roma lleva su vida en la camioneta, es como si esta chatarra gigante fuera su casa.

—Listo, mételo.

—¿Una ayudita? La jirafa me está fracturando la espalda.

Haciendo un escándalo, conseguimos meterlo. Eros se desploma sobre los asientos.

—Hey, bella durmiente, ¿adónde te llevo?

—Trastevere.



—Ni loca. No, no, no. La jirafa se baja.

—Mi hermanito... está solo.

—Roma, por favor... Tiene que cuidar a su hermanito.

—¿En ese estado? Su hermanito tiene que cuidarlo a él. —Suspira con dramatismo—. Sabes quién vive ahí, no voy a pisar ese lugar.

—¡Supera a tu ex de una vez, mujer! Además, vivimos a quince minutos, Roma, no es como si jamás hubiéramos pasado por allí.

Refunfuña, pero se mete a la camioneta y arranca el motor.

Subo.

—Te haré pagar la próxima comida.

—Hecho.

—¿Por qué te importa tanto ayudarlo? ¿Lo conoces? ¿Lo viste antes?

—Ya empiezas con tu clásico interrogatorio triple...

—Responde, Salvatore.

—¡Roma! —mascullo, señalando a la jirafa con un gesto de cabeza.

—Ups... Artemisa.

—No lo conozco, solo... me da lástima.

—¿Lástima? ¿Sabes cuánto sale el traje que tiene puesto? Medio año del alquiler de tu casa, mínimo.

—Quizá no es suyo... Trastevere no le queda a ese traje.

—Tienes razón.

—No importa quién es, no está en sus cabales. Es feo sentirse indefenso, a la deriva. Llémoslo a la puta casa y listo, Roma.

Me mira a través del espejo retrovisor, su boca calla, pero sus ojos hablan. Enciende el estéreo, cambia la radio mil veces.

El cuerpo atontado de Eros se inclina sobre mí. Me tenso cuando apoya la cabeza en mi hombro y murmura incoherencias hasta que se duerme.

Me pregunto qué hace un joveri como él en un lugar como este. Quizá no soy la única que vive una pesadilla para alcanzar sus sueños.

La camioneta se detiene, Roma baja y abre mi puerta.

—Despierta a la jirafa.

—Eros. ¿Eros? Llegamos, estás en casa.

Sus párpados drogados se abren, me sonríe. Un terremoto. Su sonrisa es un terremoto.

—Deja de mirarlo así. —Roma está impaciente—. Por Dios, se te cae la baba. Vamos, ayúdame a bajarlo.

Reacciono.

—Tienes... ¿Tienes llaves?

Tantea con lentitud los bolsillos de su traje, saca un juego de llaves y lo pone en mis manos. El llavero tiene forma de cámara de fotos antigua.

—Hay que... empujar... Está rota.

Logramos bajarlo y llevarlo a cuestras hasta la casa que nos indica con el índice tembloroso.

—Es que pesa más que mis ovarios —Roma se queja con la voz estrangulada por el esfuerzo—, y eso es decir mucho.

—Un poco más.

Eros arrastra los pies por los adoquines. Intenta colaborar, pero no puede.

—Sostenlo, yo abro la puerta.

—¿Por qué yo?

—Porque eres la más alta, Roma.

—Repíteme por qué estoy haciendo esto.

Lucho con la maldita cerradura oxidada.

—Porque somos buenas personas.

Consigó abrirla con un golpe de hombro.

—¡Mierda!

—Dime que no te dislocaste, porque tenemos un *show* en dos días.

Ambas reparamos en la ridícula situación y la risa nos atrapa.

—Shh... ¡Vas a despertar a los vecinos! —masculla Roma—. ¡Y el innombrable está cerca!

Entramos en silencio, enciendo una luz. La casa es pequeña, anticuada, huele a humedad, pero todo está ordenado. No difiere mucho de la mía, pero este lugar no se siente un hogar. Es frío. Es... triste. Y se cae a pedazos.

—¿Cuál es la habitación? —le pregunto al trajeado de cabello rebelde, cacheteando su mejilla.

Señala una puerta a la izquierda, la abro.

Hay dos camas individuales y algunos trastos desparramados. Un niño duerme en una de ellas.

—Ayúdame a acostarlo.

—No... —Eros se queja—. Piero... —Señala al pequeño.

—¿Quieres acostarte en su cama?

Asiente.

Con pasos torpes llegamos a la cama de su hermano, lo recostamos junto a él. Mientras le quitamos los zapatos, el niño despierta. Nos mira fijo, asustado.

—Hola... No... no tengas miedo. —Le sonrío—. Somos amigas de tu hermano, se sentía mal y lo trajimos a casa.

Eros lo abraza de forma posesiva, protectora.

—Ya... nos vamos.

Los dedos fríos del hombre de mirada oceánica me atrapan.

—¿Volveré a verte?

Los ojos oscuros de su hermano están sobre mí, me incomodan.

—Descansa, y cuidado con lo que consumes la próxima vez.

Huyo. Tiro las llaves sobre el viejo sofá y salgo a la noche tibia. Roma me pisa los talones.

—¿Qué fue eso?

—Llévame a casa, es tarde.

—Lo conoces.

—No, solo...

—¿Solo?

—Lo vi mirando el *show*, nada más.

—Ves a docenas de hombres mirando el espectáculo, Troia, y no te detienes en ellos. —Señala su humilde casa—. ¿Ves esta mierda? Es de lo que intentamos escapar, no lo olvides. Esto es todo lo que no queremos para el futuro.

Pasa su brazo por mi hombro, me acerca a su cuerpo mientras nos alejamos.

El camino a casa es cómodo, está lleno de vida y risa, pero mi mente quedó atrapada allí, en esas cuatro paredes, en esos hermanos abrazados entre las sombras.



Las zapatillas en la mano, el paso sigiloso, la sala oscura.

Nube ronronea, me pide una caricia sin moverse del brazo del sofá.

—¿Un día duro, amo?

Otro ronroneo en afirmación.

Paso por el cuarto de la abuela de camino a mi habitación, dejo un beso en su rostro dormido.

—Otra noche más, mi corazón.

El susurro me pone los pelos de punta.

—¡Me asustaste! —máscullo—. Cada día te haces mejor la dormida.

—Y tú, la escapista. —Mira hacia la cama donde duerme mamá—. Ve, hoy también te salvaste. Ya hablaremos.

Me acuesto a su lado, la como a besos.

—Feliz cumpleaños, viejita mía.

—Viejitas tus bragas. —Me devuelve los besos—. Ve, que espero mi desayuno mal hecho como todos los años.

—¿Mal hecho?

—El café parece agua sucia, pero me lo tomo con orgullo.

Agunto la risa, le doy un beso y salgo.

Dejo la mochila en una esquina de mi cuarto. Busco bajo la cama, saco la vieja caja de galletas, ahora es la caja de los sueños. Meto el dinero que gané esta noche y vuelvo a guardarla.

Me tiro entre los almohadones, miro las fotos y los recortes de revistas pegados en el techo.

Algún día seré yo esa bailarina de piernas largas y delgadas, postura elegante y fina. Poderosa. Exitosa. Respetable.

Menos real y más perfecta.

# AGRADECIMIENTOS

*Dolce Inferno* estuvo mucho tiempo en mi cabeza, fue tomando forma a lo largo de los años, latiendo en conversaciones con mis amigas, en sueños, en la vorágine de lo cotidiano. Hoy, es una realidad. Una historia que es mucho más que un libro en nuestras manos. Una historia que representó un salto en mi carrera y en lo personal, una historia que me hizo conocer nuevas personas y crear nuevos vínculos.

A todos los que me acompañaron en este proceso, gracias. Gracias a Marcela Citterio y a su maravilloso equipo por creer en este proyecto y darle alas.

Gracias a mis amigas, Caro y Yesi, por vivir cada segundo de esta aventura conmigo. Escribir no sería lo mismo sin ustedes, hacen que sea más mágico.

Gracias a mi abuela por ser los brazos en los que descanso cuando todo pesa demasiado y, también, esa inyección de valentía que me impulsa a desafiarme, a no temerle a lo nuevo.

Gracias a mi familia por celebrar mis logros y mi felicidad.

Gracias a vos por creer en mí.

Deseo que la historia de Alessandro y Troia haya sido un refugio, un lugar adonde escapar para olvidarte del mundo por un rato.

*Mar*

# BIOGRAFÍA

MAR PETRYK nació en Buenos Aires. Es vegetariana, amante del café, los relatos policiales y el romance. Comenzó a escribir en plataformas literarias en las que compartía sus textos y se nutría del contacto directo con sus fieles lectores. Además de crear historias que dan vida a personajes entrañables, trabaja como profesora de Prácticas del lenguaje y Literatura en escuelas secundarias.

Entre sus obras más destacadas se encuentran *El pecador de Oxford* y *Hasta que deje de doler*, publicadas por editorial Planeta.

@mar\_petryk

**The Orlando Books** surge como una articulación:  
entre pasiones; identificar la semilla de una gran obra  
y acompañar su proceso creativo hasta llevarla  
al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro,  
audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde  
la lectura es una experiencia que nos une.

**Donde las páginas cobran vida.**



THEORLANDOBOOKS

[www.theorlandobooks.com](http://www.theorlandobooks.com)



THE ORLANDO BOOKS